Pablo Macera

La Historia en el Perú: Ciencia e Ideología

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Publicación del Centro de Estudiantes de Historia

Agosto de 1971

XPM
14463

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

FONDO ANTIGUO
BIBLIOTECA NACIONAL
16-40513
LIMA PERU

> El objeto de las ciencias históricas está constituido por las acciones humanas de todos los lugares y todos los tiempos en la medida en que han tenido o tienen ahora, una importancia o una influencia en la existencia y la estructura de un grupo humano e implícitamente, a través del grupo humano, una importancia o una influencia en la existencia y la estructura de la comunidad humana, presente o futura.
>
> Lucien Goldmann, Las ciencias humanas y la filosofía.

La crisis de las ciencias sociales es ya una verdad admitida por todos, si bien las formas de superar esta crisis continúan siendo discutidas en medios nuestros, y continuarán así por largo tiempo hasta que los responsables directos (profesionales) y, en última instancia, todo el sistema, desde sus bases económicas a sus más elaboradas formas de cultura, sean obligados a admitir, desplazados, que las "ciencias sociales sólo se aproximarán a ser ciencias en la medida en que sean sociales.

Sin embargo, no se trata de una crisis limitada annuestro país: está generalizada con carácter de alarmante a los demás dependientes, como muestra de una crisis que encontramos en todos los aspectos sociales, crisis que exige una solución no de nivel académico sino una que

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

nos libere no sólo de una alienación cultural sino por completo de toda alienación y nos dé los medios para combatir cualquiera otra.

Consideramos a la historia como una ciencia social y, así, sujeta a lo dicho anteriormente. No hay posibilidades de que remedios parciales puedan disminuir su crisis con éxito, menos aún en el interior del sistema universitario siempre cerrado sobre sí tanto a los modernos aportes historiográficos como a los estudios concretos de nuestra realidad; los escasos intentos que salvan esta segunda barrera están condenados al silencio en el claustro y tan sólo proyectándose nuevamente a su objeto podrán desarrollarse. Llegamos a un momento tal que las ciencias sociales encontrarán su propio camino en las clases sociales que padecen las contradicciones del sistema con más intensidad.

En cuanto al presente trabajo del doctor Pablo Macera, profesor en la Universidad de San Marcos, apareció en la revista Amaru de abril - junio de 1968; por ello son explicables ciertos enfoques y expectativas hoy extemporáneas. No obstante, los grandes lineamientos críticos conservan su actualidad e interés, tanto por lo agudo de sus apreciaciones como por ser, hasta lo que conocemos, la única visión general de la historiografía peruana y de sus relaciones con la evolución de la sociedad. Presentamos el texto sin modificaciones y con la esperanza de que motive para la mejor comprensión y estudio del tema. Pero no solamente comprender y estudiar la Historia sino también hacerla.

Centro de Estudiantes de Historia

DON: MACERA, PABLO 20/5/22

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

Pablo Macera

La Historia en el Perú: Ciencia e Ideología

El historiador es hoy día en el Perú un hombre a la defensiva, no muy seguro de la validez científica y social de su oficio. Los factores que han determinado este complejo (conciencia) de inferioridad no son todos estrictamente intelectuales; y en cierta medida examinarlos implica al mismo tiempo aproximarse a la totalidad del desarrollo social peruano durante los últimos cincuenta años. Comencemos por advertir que a principios de este siglo la Historia era no la única pero sí la principal de las ciencias sociales vigentes entre nosotros -aunque este mismo título les era a todas por igual ancho y ajeno. Dos grupos de presión intelectual -las llamadas generaciones del novecientos y de la Reforma Universitaria- contribuyeron a consolidar el prestigio social de la Historia aunque de otro lado, y sin proponérselo, crearon las condiciones para su posterior crisis. Por entonces todo aquel que hiciera Literatura (Sánchez), Política (Mariátegui, Haya de la Torre), Economía (Romero, Ugarte, Velarde, Rodríguez, Garland), Medicina (Palma, Valdizán, Lastres) pensaba históricamente sus problemas particulares o al menos pretendía hacerlo. De hecho, la Historia venía a ocupar el puesto que el siglo XVIII había otorgado primero a las matemáticas y después a las ciencias experimentales y que durante toda la primera época republicana tuvieron el Derecho y la Política. En todos

los casos un tipo de conocimiento que servía de modelo a los demás y del que por otra parte se espera obtener una herramienta de acción social, una técnica para operar eficaz y racionalmente sobre el quehacer humano concreto e inmediato vivido por los hombres de esas diferentes épocas. Nos llevaría muy lejos decir por qué en cada circunstancia histórico-social, fue preferida una de aquellas disciplinas. Para los peruanos y españoles, por ejemplo, que compartieron el entusiasmo reformista de Carlos III el lenguaje matemático y la observación experimental de la Naturaleza no sólo eran formas de combatir la concepción mágico-teológica del siglo XVII (y por consiguiente de definir y consolidar su propia individualidad) sino también, sobre todo, el único camino por donde alcanzar un desarrollo económico similar al de aquellos países -Francia, Inglaterra- que se convertían en sociedades industrializadas. Años después el gran vacío de poder creado en toda América por la Independencia política criolla sólo podía ser subsanado , creyeron algunos, por una institucionalización del país a través de la norma jurídica previamente diseñada por la reflexión política.

¿Por qué entonces, nos preguntamos, el historicismo peruano de fines de siglo hasta la II Guerra Mundial? ¿A qué razones y necesidades , o mejor, a qué versión, falsa o verdadera, de las necesidades colectivas peruanas, debió su origen y su desarrollo? Adviértase que la misma formulación de esta pregunta sólo es posible en la medida que ese tipo de historicismo ha llegado a su fin, encontrándonos nosotros fuera de su proceso, por lo menos parcialmente. Para Riva Agüero, Porras, Mariátegui o Haya no cabían dudas sobre el valor y la función sociales del conocimiento científico de la historia. Dos crisis decisivas de la sociedad

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

peruana tradicional (la Guerra de 1879 y el fracaso de la República Aristocrática 1895 - 1919 que concluyó en la dictadura de Leguía hasta 1929) volvían necesario en su caso, en tanto que grupos dirigentes potenciales, hacer del pasado una técnica para la averiguación de su propio futuro. Esta motivación determinó asimismo que su historiografía fuese algo así como una historia judicial, un proceso abierto contra las generaciones anteriores a las suyas, para atribuirles la culpabilidad principal de los desastres sufridos por la colectividad peruana. El historicismo peruano de principios de siglo surgía así íntimamente vinculado a la política, pensamiento y acción, como es de evidencia en Riva Agüero, Belaúnde y, para la generación de la Reforma, sobre todo en Basadre, Mariátegui y Haya, aunque en cada caso individual y para cada uno de los grupos por razones y con propósitos y modalidades diferentes. Porque en Riva Agüero y Belaúnde la asociación Historia-Política y la crítica de la actuación de los grupos dirigentes peruanos del XIX era una hábil y quizás no del todo inconsciente táctica para monopolizar el descontento y la frustración; de arrebatar la iniciativa a los grupos radicales marginados y minoritarios (González Prada, los anarquistas, el movimiento provinciano e indigenista). Una anticipación que "por vacuna" evitaba brotes ideológicos mayores y de este modo aseguraba la continuidad de lo tradicional. De estos objetivos, que no son los de V. A. Belaúnde o Riva Agüero sino los de toda una clase social, surgiría una imagen del Perú que prefigurada en las primeras obras novecentistas, se consolidó más tarde con la polémica Belaúnde-Mariátegui y alcanzó curso oficial en las escuelas después de 1929 con las dictaduras de Benavides y Prado. Este historicismo tuvo su clímax en el pensamiento de Riva Agüero después de 1930, cuando alternaba sus lecciones sobre la Civilización Tradicional

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

Peruana con el más ardoroso y combativo fascismo, dirigiendo sus orgullosas furias a través del Apra contra el marxismo y la "Sublevación Mundial" como gustaba llamarla.

En el largo proceso formativo de esta ideología historicista las críticas al pasado republicano más reciente fueron cediendo su lugar a la idea de una Peruanidad (término gratísimo a V. A. Belaúnde) en la que armoniosamente desaparecían todos los conflictos, de modo que incluso el gran trauma de la conquista española del siglo XVI era presentado como un hecho positivo por efecto de la Religión y el Mestizaje. La "lección para las generaciones presentes y venideras" que de este historicismo se desprendía era consolidar esa Peruanidad, apagar odios y diferencias; y como tarea concreta el arreglo de fronteras (con Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia) para crear el Gran Perú Mestizo y Cristiano cuyos momentos imperiales habían sido, según Riva Agüero , la época incaica, el Virreinato austriaco del XVII y la Confederación Perú-Boliviana.

Frente a este historicismo tradicionalista que siendo al principio laico y reformador terminó como una ideología católico-reaccionaria, el segundo de nuestros historicismos, el de la Reforma Universitaria, significó una ruptura más radical con el pasado peruano. No es fácil describirlo y menos aún juzgarlo. Esa ideología sigue teniendo vigencia en el Perú actual no sólo a través de algunas de sus versiones políticas (el Apra de Haya y el Comunismo de Mariátegui) sino en los moldes y esquemas que nos sirven para pensar y, a veces, para no pensar. De ese grupo generacional nos viene, para mal y para bien, buena porción del Perú contemporáneo: el marxismo con Mariátegui, el Apra con Haya, Sánchez y Seoane, los modernos desa-

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

rrollos del capitalismo con Mariano I. Prado y Pedro Beltrán, y, con Vallejo, la segunda apertura de la literatura peruana a la dimensión universal (la primera fue con Garcilaso). Ha sido tal el poder, la sombra y el ejemplo de estos gigantes que alguna vez he dicho que en las generaciones posteriores ha provocado una reacción a la vez de admiración e ingratitud como si la deuda con ellos fuera excesiva; ambivalencia que ha desatado en ciertos casos una suerte de parricidio simbólico. Por estas razones un enjuiciamiento de toda su actuación y en particular del nuevo historicismo que profesaron, no puede ni pretende ser un enjuiciamiento "objetivo"; en cierto modo al mirarlos nos miramos a nosotros mismos que hemos sido sus discípulos voluntarios durante casi toda nuestra vida de estudiantes. Quizás si el mejor modo de aproximarnos a la cuestión sea destacar las diferencias de status social entre los novecentistas y estos hombres de la primera Reforma Universitaria. Con las excepciones de Prado, Moreyra y Beltrán, de mínima o nula participación en la elaboración ideológica, pocos de los otros pertenecían a los primeros rangos del grupo tradicional de poder en el Perú. Porras y Seoane podrían quizás ingresar en esta categoría, pero el empobrecimiento familiar de ambos fue un factor de relativo "desclasamiento", menos acentuado en Porras que en Seoane.

Algunos de los demás (Basadre, Jorge Guillermo Leguía, Luna Cartland, Vegas García) podrían ser calificados de aristócratas provincianos que a la usanza de Piérola nunca se sintieron comprometidos con la "gente de Lima" contra la cual muchos de ellos abrigaban un mixto sentimiento (re-sentimiento) de menosprecio y exclusión. Los demás (Sánchez, Beltroy, Mariátegui, Martínez de la Torre, Pesce) hubieran sido clasificados en escalera, según la nomenclatura de se época, como hombres de la

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

la clase media, aunque nunca fueron ni quisieron ser arribistas trepadores de pirámides. De uno u otro modo, los moldes de la sociedad tradicional peruana no eran satisfactorios para las expectativas individuales o de grupo de esta generación; en un país pensado y hecho en términos de civilismo-pierolistas-militarismo-dictadura leguiísta, nada tenían que hacer. Había por consiguiente una disconformidad original, predeterminada por la ubicación de clase que explica su radicalismo ideológico.

Sin considerar aquí lo estrictamente político y pedagógico, la ruptura con el pasado se advierte a nivel histórico en la introducción de temas, vocabularios y perspectivas que no habían sido imaginados por historiadores como Riva Agüero y mucho menos por los eruditos de fines del siglo pasado (Torres Saldamando, Polo). Aparte de las variantes individuales, lo principal de esta contribución puede ser resumida en 1) conciliar la experiencia histórica peruana con el pensamiento político europeo contemporáneo (Mariátegui, Haya) como no lo intentó Riva Agüero ni lo había conseguido Francisco García Calderón; 2) la reintroducción con Romero y Ugarte de la preocupación económica en la historia que antes había estado confiada al amateurismo de funcionarios y técnicos (Dancuart, Rodríguez, Velarde, Garland); 3) Ajustar el estudio del pasado peruano a las necesidades de explicar y resolver los problemas sociales del Perú actual ("Toda historia es Historia contemporánea" diría Basadre quien concluía uno de sus libros de análisis histórico sociológico pronosticando un Perú socialista); 4) reasumir la divulgación de los hallazgos historiográficos, soldando el vacío entre la investigación y la docencia: Los textos de Leguía, Romero y Sánchez cumplieron así una función que Riva Agüero y su grupo academicista descuidaron y que sólo había sido satisfe-

BIBLIOTECA NACIONAL
16-40513

cho por Lorente y Wiesse; el ejercicio de la cátedra universitaria tuvo el mismo sentido; 5) reanalizar críticamente no sólo los conocimientos históricos ya adquirido sino al mismo tiempo las fuentes y los métodos hasta entonces empleados: Los trabajos de Basadre y de Porras son aquí el mejor ejemplo profesional. El enfrentamiento Porras-Urteaga entre 1930-1945 no sería en esta perspectiva una simple anécdota.

Como siempre que analizamos a un conjunto social, la caracterización que proponemos nunca tuvo una concreción individual absoluta. A Mariátegui y Haya les faltaron el aparato profesional que dominaban Basadre, Porras, Leguía y Sánchez que a su vez no compartieron el entusiasmo de Ugarte y Romero por la Historia Económica. Este hecho no fue sólo un resultado de la "especialización" de cada hombre sino que acusa también la falta de coherencia de un grupo intelectual en que las tensiones internas fueron mayores que las del Novecientos. Se ha querido explicar tal situación por el individualismo que según algunos intérpretes ha caracterizado a estos intelectuales. Pero ese individualismo es sólo el síntoma, la respuesta y solución de escape dentro de un contexto más complicado. Lo cierto es que pasados los días estudiantiles, la Generación de la Reforma se divide y multiplica en subgrupos cada uno de los cuales escoge una ubicación diferente dentro de la sociedad peruana, ubicación no siempre conforme con su original expectativa de clase. 1929 con la caída de Leguía, el surgimiento de Apra y el regreso del conservadurismo político en sus versiones pre-leguiístas e incluso pre-pierolistas, significó una fecha divisoria. Los historiadores profesionales de la Generación (Basadre, Leguía, Porras, Sánchez) reajustaron su vocación historiográfica a las nuevas circunstan-

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

cias adversas. El compromiso político (Sánchez), la abstención condicional (Basadre), la colaboración limitada y conflictiva (Porras), fueron las opciones-tipos, ninguna de las cuales proporcionó las condiciones que requería la construcción y perfeccionamiento del historicismo de los programas originales. Durante 15 años hasta 1945 los prelegiuístas desplazaron a los reformistas de 1919 e impusieron sus criterios y valoraciones de la historia peruana. Apoderados de la Universidad de San Marcos, manteniendo bajo su control a la Universidad Católica, dominaron también a través de la administración oficial la circulación de textos escolares y tuvieron el apoyo decidido de los grandes periódicos. Basadre pudo romper esta conjura con su monumental Historia de la República pero la muerte de J. G. Leguía, la diplomacia y el monografismo de Porras y el exilio de Sánchez dejaron inerme al gran público en manos del historicismo novecentista. Fue ese historicismo el que consintió que el Ejército rehabilitase el rol de los militares en la historia republicana y elaborase como símbolo el mito Castilla. Puesto que a las dictaduras Benavides-Prado no convenía una versión crítica de la sociedad peruana, actual e histórica, la educación fue orientada hacia una narración no explicativa del proceso histórico, o lo que era peor, a una explicación individualista de ese proceso atribuido exclusivamente a los caudillos reificados como Próceres. Podían decir los novecentistas que ellos no eran Ministros ni Rectores (aunque algunos lo fueron) y que las responsabilidades oficiales las compartían con algunos contemporáneos de la Reforma de 1919; pero lo cierto es que fue con arreglo a su opinión que el Estado dictatorial manipuló sin escrúpulos la historia peruana.

Fue durante esos años, los peores de la historia republicana del siglo XX, que debie-

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

ron formarse como profesionales aquellos que habían esperado ser discípulos de la Reforma Universitaria de 1930 y que debieron ser al contrario alumnos obligados y a pesar suyo de una Universidad disciplinaria. Ha sido el caso entre otros de Tamayo, Núñez, Tauro, C. D. Valcárcel y Temple, lo que podríamos llamar la Generación Clausurada, pues para todos fue decisivo el receso de San Marcos de 1930-32. Su alienación fue más profunda que la de los grupos anteriores porque nunca tuvieron la oportunidad de una lucha política ideológica abierta que los extrajera del infierno a que los sometían sus profesores. No conocieron el destierro, la diplomacia o el exilio voluntario del Novecientos ni la Reforma ni las prolongadas Becas estudiantiles de las generaciones posteriores. Era inevitable que dentro de ese aislamiento prosperara lo que llamaríamos el perfeccionismo instrumental; y que el modelo escogido por los historiadores de ese grupo fuera el de la erudición heurística de la bibliografía (Tauro) o las fuentes (Temple). Con todo su capacidad y la voluntad de renovación pudo expresarse en proyectos para elaborar una filosofía teórica de la historia (C. D. Valcárcel) o una historia institucional del Perú (Temple), la historia de las ideas (Tauro) o el prolongado contacto con las fuentes documentales directas (Lohmann). Pero ninguna de esas soluciones ni las obras orgánicas de Tauro y Lohmann bastaban para que la Generación Clausurada pudiera continuar y corregir creadoramente, a los dos historicismos peruanos de este siglo. El incendio de la BBiblioteca Nacional que apagó sus entusiasmos y el fracaso del experimento democrático universitario de 1945-48 coronaron la frustración. De 1948 en adelante, hasta 1956, la Generación Clausurada gozó de algún dominio en ciertas instituciones universitarias (Facultad de Letras San Marcos) pero un dominio indirecto y parcial,,compartido con hombres de

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

otras procedencias (L. E. Valcárcel, A. Miró Quesada) y perjudicado, además, por su enfrentamiento conflictivo con la generación de la Reforma (Porras, Sánchez, Basadre).

1945-1956 fue así un periodo de liquidación para el historicismo peruano. Todavía en los años subsiguientes Porras habría de publicar algunas de sus principales contribuciones (Fuentes Históricas del Perú) y no sería hasta la década del 60 que Basadre ofrecería una nueva versión de la historia republicana; pero la iniciativa en las ciencias sociales en el Perú iba pasando entre tanto de la historia a la antropología y poco después a la sociología.

Quienes hemos asistido a ese proceso, no sólo como testigos sino, en cierto modo como materia prima estudiantil, no fuimos del todo conscientes de sus causas ni de sus efectos a mediano plazo. La Antropología apareció oficialmente entre nosotros en 1946 con la creación del Departamento de ese nombre en la Universidad de San Marcos por el silencioso y admirable esfuerzo de Luis E. Valcárcel, a medias contemporáneo e integrante de la Generación Reformista. Pero sus orígenes arrancaban desde muy atrás con los trabajos arqueológicos de Tello y la etnología pre-científica de los siglos XVIII y XIX (Dombey, Martínez Compañón, El Mercurio Peruano, Rivero, Squier, Raimondi, Wiener). Considerada como un género menor y semiliterario, la antropología no fue frecuentada por los novecentistas y los hombres de la Reforma si exceptuamos algunas páginas de Valdizán. Su promoción estuvo confiada a sectores intelectuales que por entonces carecían del poder que se disputaban los nombres mayores del Novecentismo y la Reforma. Al margen de esa lucha, y al margen de muchas otras cosas, trabajaban los pintores de la escuela de Sabogal,

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

los estudiosos y coleccionadores del folklore (Arguedas, Alicia y Celia Bustamante, Elvira Luza, Manuel Valle, Morote, Núñez del Prado) creando lo que podríamos llamar una cultura paralela para la cual poco valían los esquemas de cualquiera de las variantes del historicismo peruano, ambas demasiado urbanas como para comprender los problemas de nuestra sociedad rural. Sus reductos no fueron los grandes centros académicos tradicionales sino los museos dirigidos por Tello y Valcárcel, la Escuela de Bellas Artes en algunos momentos y las tertulias de Luza y Bustamante. La marginación, a la vez forzada y voluntaria, dio al grupo antropológico la oportunidad de homogeneizar sus puntos de vista; y su asociación con las provincias, el indigenismo y las corrientes de izquierda le proporcionaron un sustrato ideológico de reivindicación y novedad que cada vez disminuía en los historicismos urbanos ya establecidos. Valcárcel recepcionó este múltiple desarrollo dándole a la antropología una dimensión institucional universitaria. Pero durante varios años, hasta después de la caída de Odría, hasta mediados de la década del 50 esta antropología peruana fue decididamente ahistórica y hasta antihistoricista, pues incluso Valcárcel con ser historiador y antropólogo no había conseguido que su curso de Incas fuera en verdad, más allá de las declaraciones, una antropología retrospectiva del Perú Antiguo. Los antropólogos actuaron por reacción a los historicismos tradicionales vigentes y sobre todo con el decidido propósito de apartarse de los modelos historiográficos que cultivaba la Generación Clausurada. Incurrieron así en el actualismo y la monografía sin pensar sus temas en términos de tiempo-proceso; estableciendo una peligrosa separación entre la subsociedad urbana y la subsociedad rural. Sin embargo, en muy

poco tiempo se operó una superación que produjo un nuevo tipo de relación entre la antropología y la historia a través de lo que se ha dado en llamar la Etno-Historia. No es oportuno discutir ahora la validez teórica de esta nueva ciencia para la que no existe, en el Perú se entiende, otra definición explícita que la dada por Valcárcel que la identifica con la antigua Historia de la Cultura. Lo que se ha llamado Etno-Historia se ha reducido en algunos casos a unas cuantas páginas de compromiso que a modo de introducción figuran en los trabajos antropológicos y al "enfoque interdisciplinario" que para algunos la caracterizaría no obstante que tal método ha sido ya aplicado por los historiadores europeos y norteamericanos. Pero lo que interesa, repetimos, es, no tanto abrir un debate acerca de la Etno-Historia (debate que cada día es más urgente), sino subrayar la aparición de un tercer historicismo, el antropológico que, a inversa de los anteriores y paradógicamente, pretendía ser una negación dialéctica de la Historiografía como ciencia, aunque en realidad sólo fuera una reacción contra el tipo de historiografía local que entre nosotros predominaba

El fervor conque la Antropología, la Etno-Historia y la Sociología fueron y siguen siendo recibidas por los intelectuales peruanos y principalmente por los estudiantes de ciencias sociales no sólo atestigua el mayor desarrollo de estas disciplinas, sino, además, el fracaso rotundo del historicismo peruano. Ha contado, sin duda, el hecho de que la Historia, como la Literatura y la Filosofía, no ha llegado a ser entre nosotros una vocación profesional, mientras que por algún tiempo pudo hablarse de la profesión de antropólogos y sociólogos. Pero éste es un factor secundario como lo demuestra el que a pesar de haberse comprobado que es

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

muy reducido a corto y mediano plazo el mercado de trabajo para todas las ciencias sociales, subsiste en las matrículas universitarias la selección discriminatoria en contra de los estudios históricos. Lo decisivo parece ser que la imagen del Perú que los historiadores usualmente ofrecen no es la que esperan y necesitan los nuevos grupos sociales de extracción popular que de 1945 en adelante llegan a nuestras universidades. Esas clases sociales no pueden considerar suya ni reconocerse en una historia que resulta hecha por Virreyes, presidentes, marqueses y ministros, que no fueron sus abuelos ni esperan ni quieren serlo ellos mismos. Ninguna compensación encuentran, además, en aprender un tipo de instrumentación científica histórica que insiste en la Heurística y la Hermenéutica de las fuentes sin proponer nuevas interrogaciones. Por el contrario es inevitable que sean atraídos por ciencias sociales como la Antropología y la Sociología, que consideran como actores de la historia, entre otros, a los grupos sociales de donde provienen estos estudiantes; y que se preocupa (o debería hacerlo) del conflicto económico y social que ellos mismos padecen diariamente.

La crisis actual de los estudios históricos peruanos que formalmente podría ser descrita como tradicionalismo temático, ausencia de vocaciones e incomunicación con las demás ciencias sociales, es pues en sus fundamentos la crisis de una disciplina que ha estado por debajo de las expectativas que ella misma creó a través de sus dos primeros historicismos. Es la consecuencia de su inutilidad social absoluta, de su marginación y aislamiento respecto al contexto político económico contemporáneo; es el precio que todos estamos pagando por haber construido para habitación nuestra una torre que ni siquiera es de marfil pues hasta carece de los efectos estéticos perseguidos por Riva Agüero, Ma-

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

riátegui, Sánchez o Porras y desconoce por completo las renovaciones de método y temas que practican los historiadores de otros países americanos.

A partir de estas reflexiones, sin olvidar el trasfondo moral que aluden, cabría un plan mínimo a favor de la historiografía peruana que comenzara por los aspectos técnicos, instrumentales y metodológicos para con este reequipamiento formal afrontar el problema decisivo de sus relaciones y responsabilidades con la sociead entera y sus conflictos. Habría en primer término que trabajar por una reunificación de las ciencias sociales de modo que la historia pueda ser una Antropología y una Sociología retrospectiva del Perú; mientras en forma simultánea sociólogos y antropólogos aprenden a pensar sus temas históricamente, superando su no muy ingenuo "presentismo". Esta unificación requiere de un marco institucional que no poseen la mayor parte de nuestras universidades (con excepción de la Universidad Agraria). No es conveniente mantener la división de las ciencias sociales en departamentos aislados, bajo el pretexto de una especializada y prematura división del trabajo. Debe irse hacia una Escuela de Ciencias Sociales, como centro de docencia e investigación a cuyo alrededor se convoquen, como antes en función de las Bellas Letras, todos los demás estudios de nuestras Facultades tradicionales.

Precisa también abandonar el artesanado histórico individualista y ejercitar a los historiadores en el trabajo de grupo. Aunque evitando los riesgos del industrialismo primitivo, es decir, la producción en masa de bajísima calidad. Buscar una conciliación eficaz entre la promoción de las capacidades creadoras personales y la cooperación de esfuerzos. La solución

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

CPA
ps
MFN=475135

podría estar en un registro de investigaciones coordinadas ofrecidas a la elección de cada uno. Desde luego que el trabajo en equipo plantea dificultades para las que nuestra experiencia todavía es pobre. Dificultades de financiación que importan decisiones morales sobre el origen y propósito de algunas generosidades extranjeras. Peligros además de alienadora "expropiación" por parte de quienes detentan la financiación y monopolizan la capacidad de empleo, en agravio de sus colaboradores. Con todas sus desventajas este sistema podría ser ensayado por los historiadores aún si fuera solamente una escuela de solidaridad para salir de la evasión y agresividad mutua en que se debaten.

Pero pese a su importancia, la unificación de las ciencias sociales y la adopción del trabajo colectivo no bastarían sin una reorientación temática total. No pensamos solamente en la necesidad que nuestros historiadores, grandes y pequeños, se familiaricen con las nuevas modalidades historiográficas. Nos referimos sobre todo a la posibilidad de estudiar con preferencia aquellas cuestiones que sean las más próximas y compatibles con la inquietud actual. Esta fue la gran lección del segundo historicismo peruano, lección que como hemos visto no fue seguida. Recordemos en este sentido la reciente experiencia venezolana de la Escuela de Historia de Caracas (Germán Carrera Damas). Del mismo modo entre nosotros podría intensificarse como un primer paso la docencia e investigación de la Historia Contemporánea del Perú, escribiendo la Historia de adelante hacia atrás, recogiendo un problema en sugerencia presente y retrocediendo luego hasta la Colonia o el Incario, hasta donde sea conveniente para explicárselo y, quizás, resolverlo. Queda por último una nota margi-

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

nal que es una cuestión previa: los historiadores peruanos, y por extensión todos los científicos sociales, no podrán realizar este o cualquier otro programa de reforma sino tienen una clara conciencia de su propia situación histórica y asumen la responsabilidad que les concierne como hombres de tránsito, al filo entre dos épocas. Porque en definitiva es lo que somos, una transición entre la sociedad tradicional y las nuevas organizaciones sociales que se avecinan, lo queramos o no, nuevas sociedades que no serán las nuestras y para las cuales no estamos hechos ni formados. Debemos aprender a vivir sin oportunismos en esta frontera. De lo contrario todo proyecto reformista sólo vendría a ser una herramienta disimulada de arribismo, una maniobra para engañar por igual a nuevos y antiguos; algo así como esos hábiles intelectuales criollos, de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que en el Perú se ofrecieron como puente entre el pasado colonial y el futuro revolucionario independentista sólo para gozar más a sus anchas el presente inmediato.

El presente trabajo apareció publicado en AMARU, revista de artes y ciencias, Universidad Nacional de Ingeniería, Lima, abril-junio de 1968, pp. 90-94.

La cita de la presentación del C. E. H. está tomada del libro de Lucien Goldmann "Las ciencias humanas y la filosofía", Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1970, p. 15

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

Publicaciones del Centro de Estudiantes de Historia U. N. M. S. M. de próxima aparición:

Jean Piel
El lugar del campesinado en la vida nacional del Perú en el siglo XIX.

Historia Peruana, revista del Centro de Estudiantes de Historia.

FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ